



José Félix de La Puente

(Trujillo, 1882 Lima, 1959)

Premio "La flor natural" en el Concurso del Centro Universitario de La Libertad (1917); ganador del Concurso del Centenario por su novela "Por la estirpe" (1924); y Premio Nacional "Ricardo Palma" (1945).

En cuento publicó "En este valle de lágrimas" (1922) y "Las islas azules" (1946); en novela: "La visión redentora" (1917), "Por la estirpe" (1924), "La herencia del Quijote" (s.f.) y "Evaristo Buendía" (1945).

Teniendo en cuenta sus primeras publicaciones y el contacto con escritores como José María Eguren, Enrique Bustamante y Ballivián y Abraham Valdelomar, sus colaboraciones en la revista "Contemporáneos" y su inserción en las ensoñaciones artificiales, De la Puente puede ser considerado un escritor modernista; pero, atendiendo a lo medular de su obra, a su prosa objetiva y a su preferencia por los escenarios y ambientes lugareños, se emparenta con los escritores regionales de la siguiente generación o, mejor, los que empiezan a publicar en la década del 30 hacia adelante, como Ciro Alegría o José María Arguedas.

El crítico Mario Castro Arenas advierte que las primeras novelas del autor, como "La visión redentora", perfilan elementos estilísticos y temáticos que habrá de desarrollar con madurez en sus obras posteriores, particularmente en "La herencia del Quijote" y "Evaristo Buendía".

Lo interesante de "La herencia del Quijote", según el mencionado crítico, es más bien la pintura que realizó el autor de cierta aristocracia trujillana venida a menos, que permanece envuelta, drogada, extraviada por equívocos prejuicios sociales y de casta. Como ciertas mansiones antiguas, detrás de la fachada barroca falsamente deslumbrante, esta aristocracia decadente oculta la estructura pútrida de sus pilares, la fofedad de sus principios éticos.

"Por la estirpe se ambienta en el siglo XVIII, en un escenario de virreyes y oidores, de pregones nocturnos y de lances furtivos al pie de las ventanas. En ese ambiente se encuadra la apasionada historia de amor entre el hijo bastardo de un virrey y cierta damisela, la de alcurmia.

"Evaristo Buendía", su mejor novela, justifica la inclusión del autor en la narrativa peruana. Es que, superando sus rezagos románticos, De la Puente reproduce realísticamente el perfil del pícaro moderno, limeño audaz, en busca de fortuna y posición política. Este timorato aventurero actúa en varios escenarios cuyos extremos son la población serrana, escenario de las grotescas aventuras del candidato Evaristo Buendía, y el ambiente, denso y gris, de la clase media limeña de mediados del siglo XIX, donde se exagera el culto a las apariencias.

Luis Alberto Sánchez ha señalado, que De la Puente acertó como narrador, psicólogo y retratista de personajes, ambientes y costumbres. No cultivó propiamente el criollismo, pero tampoco le fue extraño. De modo general, puede afirmarse que se trata de uno de los más acertados retratistas literarios de su generación. (SELA: Escritores de la Región La Libertad. Trujillo, 2006, p. 70 y 71).

De su libro de "Las islas azules" entregamos a los lectores el siguiente cuento.

LA CANCIÓN

¿Cuándo la conoció?... Sus miradas inciertas, razantes hacia el confín sobre este mar quieto, verde y quieto entre los peñones azules, tal que una coagulación de aguas pintadas esmeraldinamente, se perdía allá, como si allá estuviese el pasado dibujándose en un espejo efímero. La gran casa estaba detrás de ella, a sesenta pasos. Hallábase distanciada del conglomerado de casitas del puerto y del pobre agrupamiento de chozas de totora del barrio de los pescadores. Entre uno y otro exhibíase orgulloso aquel edificio, con su techo de calaminas rojas de dos aguas y profusas ventanas, todo rodeado por la balastrada del corredor, un poco en alto sobre las arenas muertas. Del centro, lado a lado con un pino gigantesco que servía de miraje desde la bahía para los botecillos, surgiría por encima de la techumbre una mariposa redonda y metálica, de aletas infinitas, que a horas de sol tenía una palpación continua de reflejos, y desde su casa la contemplaba Dorila imaginándola una paloma presa y aleteante colgada allí.

Cierta vez, ella iba por la playa y el canto se detuvo. Era una voz de hombre fuerte, limpia, armoniosa. Cantaba sobre la susurrante voz de las guitarras del acompañamiento como un revolver de pájaros. El viento ponía en volandas los cabellos sueltos bien carmenados de los jóvenes. A veces se los echaba a la cara, la incomodaban tapándole el oído.... ¿Sería aquel inglés recién llegado, jefe de la factoría? ¿Sería algún perfeccionado instrumento, distinto de los chirriantes gramófonos que oyera antes la niña?... La voz decía, prolongando dulcemente las notas.

*"Campanitas de mi pueblo
que están tocando, tocando están"...*

Un calofrío hondo la estremecía, ¿Cómo estuviera ella dentro de la casa, mirando aquello, oyendo, oyendo?... La canción llenábala de sueños. Poblábala de nostalgias imprecisas...

*"En tanto que el pobre mozo
cantando sube, cantando vá"...*

Cuando ya no quedaron luces en el ocaso, que esta vez estuvo esplendoroso, por que el Sol declinó visible, delante de una bocanada y no tras de las islas, como solía ocurrir, la niña se marchó. Al día siguiente, después que la vibrante sirena de la factoría anunció la suspensión de la faena, ella se acercó a la casa, fue a sentarse en las rocas grises que rompían en la playa la monotonía de las rubias arenas, donde estaba ahora, y hasta ahí le llegaron las

notas misteriosas, las músicas extrañas, cautivantes y conmovedoras. Largamente se oían sonos que no eran cantos, orquestaciones indescifrables que entonaban ritmos locos de fox-trot y jazz, que la agreste joven ignoraba. Pero de improviso brincaba todo su ser, ¡esa era la canción!... Sus orejitas, exhibiendo un pendiente de similor, se alargaba hacia la onda sonora para acortar las distancias. Su labio sonriente repetía la palabra alcanzada con dificultad...

*"Que cante la niña linda,
que cante al gavilán"...*

Cerraba los ojos. ¡Qué corrientes de halagadora frescura en su almita bárbara! Cerraba los ojos y se le representaba Damián, el mozo mejor plantado que ella viera, aquel hijo del rico pescador Domingo, dueño de varias chalanas, el que le decía "novia" y la pellizcaba cuando podía... Cerrados los ojos pensó que sería dulce que cantara así Damián, y mientras las guitarras hablaban solas, como a ratos acontecía, la besara en la boca con largo desvarío, para cantar de nuevo...

*"Con un pueblerito muy rico
se vino de Tucumán"...*

Pero mejor... fuese que allá, en la casa de ojo techo inclinado, alguien... sí, alguien, no sabía quién, pero ahí, besara sus labios que pasaban por primorosos, sus labios que, llegado el caso, ¡qué bien sabrían besar y cuánta gana de besar tenían! Y se inundaba de suspiros, con los ojos cerrados, la ingenua virgen púber, la avecita de las playas...

*"Por él al otro ha dejado
y canta solo para olvidar"...*

¡Ah! Se irguió. A la realidad volvió su espíritu. Frunciéndose sus cejas en la carita color de greda clara que la valiera el apodo de "rosa té". ¿Cómo?... "¡Y sólo canta para olvidar?"...

*"Al ver su amiga perdida
él se alejó en su alazán"...*

Conmovida, tan conmovida como ante la realización de un drama de amor, fué la joven al terminar aquel crepúsculo en que había logrado descifrar hasta tal punto de la tierna y exótica canción. ¡Ah! ¡Ella había abandonado al mozo y después cantaba para olvidarlo... ¡Qué extraño! ¡Qué diverso de la vida primitiva en que ella se desarrollaba!... ¡Cantando se olvidaba la traición?... Esa

noche después de la merienda, salió a la puerta según su costumbre. ¡Cómo la atrajeron los ojos deslumbrantes de aquella casa seductora! ¡Si ella pudiese entrar!... Sentíase tan ganosa de soñaciones que se marchó a la playa para huir de la charla vanal de los vecinos, que, cada uno desde su puerta, hacían tertulia general. Avanzó por la callejuela sin luz. Al pasar delante de la vivienda de Damián. Vió a este sentado en una estera junto con los suyos, y la saludó:

-¡A dónde Dorila?

-Buenas noches contestó ella secamente.

Una zozobra, una vaga angustia la dominaba. El drama de aquella música obsesora le hincaba un aguijón de amargura, muy leve y muy profundo... Blanquearon los botes varados en la orilla y se destacó turbiamente el oleaje. Algunas fosforescencias, los fuegos fatuos del mar a lvez, fueron fugazmente sobre la negra onda. Se detuvo mirando allá, hacia aquellos cuadros de fuego... y de pronto oyó crujir cerca las arenas. Su corazoncito se agitó. Era Damián que llegaba, que silenciosamente la había seguido. El mozo no le dijo nada y abusando de la sombra le echó los brazos recios. No obstante sus sinceros esfuerzos, ella sintió adherirse los labios calientes y ásperos sobre sus labios suaves, con súbito desencanto ya... Empujóle y huyó corriendo..

-¡Cholo bruto! le espetó colérica.

A la tarde siguiente, cuando resonó la canción no pensó en los besos de Damián, pensó en que si ella estuviese adentro de aquella casa, el "gringo", sí, los besos del "gringo", de aquel hombre blanco que cantaba tan dulce... por que él era, se encaprichaba la niña, o, al menos, por obra suya, era que esta embriaguez suprema y deliciosa la poseía... Si ella estuviese dentro... sus besos suaves...

*"Campanitas de mi pueblo
que están tocando, tocando están"...*

Y de pronto abrió los ojos y vió al "gringo" asomado a una ventana, mirándola y sonriendo, mirándola y sonriendo... Sintió un temblor irrefrenable en su cuerpo. Tuvo la sensación de sus besos, de que la cinematografía del sueño había sido realidad...

Levantóse y escapó, como perseguida. Sólo muchos metros más allá volvió en sí:

-¡Qué tonta!...

Tornó a observar, y ahí estaba en la ventana el señor blanco. La miraba huir dirigiéndola unos largos anteo-

jos negros que sostenía con las dos manos. Volvió a correr. Una hora después examinóse la cara a hurtadillas en un espejito y estaba muy pálida... Pero se encontró linda...

Dejó pasar dos días, esforzadamente, sólo de miedo, un miedo extraño, para aquel "gringo" hermoso, miedo sin miedo, como se decía Dorila sin explicarse tal emoción. Pero se dominó, y al tercer día, al estallar la sirena de la fábrica con el humoso grito alborozado de todas las tardes, se encaminó a los peñascos, acompañada por una hermanita pequeña. Sentóse y miró al Sol que bajaba. Plenamente daba la espalda al rancho. La chiquilla correteaba en la arena húmeda... Súbito oyó, sobresaltándose gozosamente, "Campanitas de mi pueblo"... y ya yo pudo más, miró hacia la casa enigmática... ¡Ahí estaba él! La contemplaba fijamente con sus ojos tan azules, tan azules como el mar, sonriendo, sonriendo...

Y así en adelante. A veces la atalayaba con sus anteojos. Retirábase de la ventana sólo cuando callaba la música y reaparecía al comenzar de nuevo. Una tarde la voló un beso, rotundamente... Dorila quedó tan atónita, tan ahogada, que siguió mirándole, y el tierno envío se repitió varias veces.

Fue perdiendo el miedo y ya iba sola. En el caserío de los pescadores se habló al cabo de que el "gringo" estaba enamorado de Dorila. La madre de la joven tenía con ella ciertas desusadas contemplaciones y el padrastro, un obrero borrachón que trabajaba en la factoría, obequióla una cinta roja para el peinado. Una nube rosa empezó a elevarla del suelo, a magnificarla. Pero nunca faltan aves agoreras. La tía Brígida infundióla temores:

-¡Cúidate, hija!... ¡Estos blancos arrancan la flor y no les importa que la planta muera!...

Se había encogido de hombros, tras el relámpago de miedo... Y lo que más la excitó y la precipitó fue que Damián la dijo ahí mismo, frente al señor blanco, que estaba en la ventana, yendo a buscarla en las peñas una tarde:

-¡Cómo me traiciones, te mato!... ¡ya lo sabes, Dorila!

-¡Lárgate! le había respondido ella valerosamente.

Matarla, ¿por qué? ¿acaso le pertenecía? ¿no era ella libre de querer a quien se le antojase?... Y una vez cuando no quedó nada de luz en el horizonte, el seductor bajó a la playa. Dorila se rindió como fascinada. Supo entonces ella cómo habían besos suaves, iguales a los que soñaba al oír la canción transtornadora de su alma, que más tarde

escuchó de cerca, sentada en sillas amplias de mimbre, delante de la mesita de finas patas que sostenía la cajita parlante culpable...

Ahora, en el espejo efímero que pinta sobre la lontananza su pasado, ella lo vé todo, todo. Lágrimas abundantes corren por su cara marchita. Un niño de rubios y rizosos cabellos está sentado en sus rodillas chupeteándose un puño... Y de improvviso, por la bocana una vela y la visión la sobresalta. ¿Será Damián?...

El agitado corazón le dice que es él, que vuelve de la pesca como todos los días. Ya tiene un objeto la mirada hasta ahora errante. ¡Ah, Damián! Dorila llora y siente ira al pensar que el amante postergado entonces no supo cumplir su amenaza. La vió darse al otro y no se le notó sufrimiento alguno. Y llegada la hora actual de su desamparo, la decía al encontrarla, horriblemente sereno, frío:

-¿Cómo va, Dorila?

No la había seguido nunca hacia la playa a oscuras, como aquella vez, a pesar de que la arrepentida al pasar delante de la choza del tío Domingo, le saludaba, le saludaba con una angustia, que casi era una imploración... Se aburría, al fin, de estar sola entre los botes varados, que hacían pensar en hombres derribados por la borrachera, y volvíase sin esperanzas.

Contemplando la vela que penetraba en el círculo de la bahía, ella murmuraba con voz llorosa:

-¿No cumplió la amenaza!... ¡Ni sufrió siquiera!

La barca siguió corriendo sobre la congelación verde del mar y desapareció al encallar en la orilla distante. La joven creía oír en el rumor confuso de las olas: "Campanitas de mi pueblo..."

Y la inmensa sombrilla de la noche cayó encima de la alucinada, que incansablemente percibía aquella voz fuerte, limpia y armoniosa.

